

PENSAMIENTO

## Acercarse a la hondura de las cosas

kioskoymas#peri

**Josep Maria Esquirol dedica su nuevo ensayo a la (buena) educación y apuesta por una escuela que sea escuela filosófica**

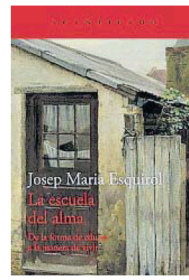
JORDILLAVINA

Cada nuevo libro de Josep Maria Esquirol (Sant Joan de Mediona, 1963), sobre todo a partir de *El respirar de los días* (2009), constituye una aportación singular, valiosa, que refuerza su filosofía de la proximidad, en la que el concepto de resistencia adquiere una condición basal. Resistencia, por ejemplo, a perder el mundo de vista, que es el peligro que acecha a quien habita un mundo copado por las pantallas. De vez en cuando, una reflexión tiene la naturaleza de un torpedo contra la línea de flotación de la política educativa del país. Y es que las "instituciones [las educativas] no deben estar al servicio de la sociedad, sino configurarla", al contrario de lo que defiende la susodicha política.

Resistencia, por ende, a dejarse asimilar por los programas, que acostumbran a privilegiar el economicismo y el psicologismo: "Debemos educar de acuerdo con lo que creemos y no con lo que es o -supuestamente- será". Nociones como las de proximidad, cuidado o atención -frente a frialdad, indiferencia o insensibilidad- gozan, de nuevo, en esta obra dedicada a la (buena) educación, de un papel protagonista.

Este es un ensayo primorosamente escrito (los cuatro libros del autor publicados por Acantilado muestran, en este sentido, un progreso literario respecto a los anteriores), que, aun proponiéndose no decir cosas nuevas, sostiene muchas que son fundamentales, lo cual ya resulta algo nuevo. Esquirol piensa en lo concreto, en lo próximo. Ante la tentación de lo inefable, defiende lo que puede formularse llana pero, a la vez, hondamente. La forma de educar -la manera en que nos formamos, que significa adoptar una forma única- condiciona nuestra manera de vivir. En la escuela, el alumno -que "está solo", como toda criatura que ha llegado al mundo- halla compañía en los demás (maestro y compañeros de aula): allí empieza a comprender al otro -representado por el tú- y al mundo. "Pensar es aproximarse a la hondura de las cosas". Así pues, más que aspirar a acercarse al fondo de las cosas, pensar es apreciar su hondura.

"Cada uno es alguien", escribe Esquirol, para quien la escuela debe saber



**Josep Maria Esquirol**  
**La escuela del alma / L'escola de l'ànima**  
Acantilado / Quaderns Crema  
192 páginas  
16 euros

cultivar la diferencia. Cada cual es un inicio (en *Humano, más humano*, había reflexionado sobre el inicio absoluto del vivir). La escuela debe acompañar en el camino: "El maestro no acerca las cosas a los jóvenes, sino que acompaña a los jóvenes hasta las cosas". Es preciso saber esperar, condición indispensable del madurar. Y aprender a prestar atención a las cosas del mundo: por ello "toda escuela auténtica es escuela filosófica".

Para el filósofo, "el mundo no es un valle de lágrimas", pero, aun así, "hay valles de lágrimas en el mundo". Las páginas dedicadas al mal son impagables. La escuela que aporta algo de utopía recibe el nombre de altertopía (que no coincide exactamente con la heterotopía de Foucault). El capítulo noveno incluye varios arifismos, clasificados por temas: "La prioridad, hoy, no está en introducir a los alumnos prematuramente en la complejidad, sino en acercarlos a lo fundamental y también a lo simple: el triángulo, la lluvia, la paz". Triángulo, lluvia, paz: raíz, esencia. /

caofi

NARRATIVA

## Todo hogar es Camelot

**Un relato breve de Julien Gracq sobre una casa encantada que es a la vez metáfora de la Francia ocupada**

ÁLVARO COLOMER

A finales del siglo XIX, una médium reveló a Sarah Winchester que los espíritus de todos, absolutamente de todos los seres humanos muertos por culpa del fusil de repetición inventado por su difunto esposo la acechaban por las noches, y que la única forma de librarse de ellos era construir una casa que jamás debía terminar, es decir, una casa en permanente construcción, para que así los fantasmas no pudieran hallar morada en ella. Para poner las cosas todavía más difíciles a la estantigua, la viuda añadió trampas a la mansión: escaleras que no iban a ninguna parte, puertas que se abrían a muros, pasadizos secretos sin entrada ni salida... Hoy la residencia Winchester es una atracción turística, un centro de peregrinación para los amantes de lo oculto.

Las mansiones encantadas son material literario desde antes incluso de que Edgar Allan Poe hiciera enfermar a los habitantes de la casa Usher, de que Shirley Jackson metiera a cuatro inquilinos en Hill House o de que Tobe Hooper encajonara a los fantasmas en los televisores de Cuesta Verde. Y ese re-

curso narrativo, el de los hogares con entidades de ultratumba, es el que usó Julien Gracq en una *nouvelle* que, como si también viniera del más allá, ha aparecido en las librerías catorce años después de la muerte de su autor.

Se ha calculado que *La casa* debió de ser escrita entre 1946 y 1950, por tanto en paralelo a la redacción de *La orilla de las Sirtes*, obra que valió al autor aquel premio Goncourt que rechazó por parecerle el mundillo editorial francés una broma de mal gusto. A simple vista, la novela cuenta la historia de un hombre que se siente atraído por una mansión que divisa desde el autobús que le lleva a diario de un pueblo a otro. En cierto momento, el pasajero decide visitar esa construcción, para lo cual se adentra en un bosque más tenebroso que la oscura senda por la que se perdió Dante, y desemboca en un casoplón de cuyo interior sale, como el canto de una sirena, la voz melódica de una mujer. Hasta aquí, el primer plano de lectura. Porque el segundo nos revela una me-



**Julien Gracq**  
**La casa**  
Traducción de Vanesa García Cazorla.  
Periférica  
64 páginas  
9,50 euros

táfora sobre la Francia ocupada, en la que la mansión cumpliría el papel de caja fuerte donde se conserva la esencia del país; y el tercero, algo más complejo pero estupendamente explicado por Vanesa García Cazorla en el epílogo, nos sitúa ante una actualización de la leyenda artúrica propuesta por Chrétien de Troyes, en la que lógicamente el protagonista sería Perceval y la casa, el mismísimo Grial.

Se ha dicho no sin poca sorna que la literatura de Julien Gracq fue más grande que él. Efectivamente, Louis Poirier (nombre real del autor) fue un profesor de instituto que nunca se las dio de escritor. No fue un excéntrico, no vistió como un dandi, nunca se las dio de intelectual. Prefirió vivir al margen de los oropeles y escribir unas novelas que, en el caso que nos afecta, permiten una cuarta lectura: la prosa de Gracq es el Grial al que todos deberíamos aspirar, pero el sistema editorial nos ha metido en un bosque enmarañado del que ojialá podamos salir de una malcada vez. /

NARRATIVA

## Nostálgica rumana emigrante

**El choque entre la gris Rumanía y el Occidente moderno en una novela de la autora rumana residente en Francia**

TONI MONTESINOS

Hace dos años nos llegaba *Vidas provisionales*, en que Gabriela Adameşteanu (1942) recreaba el yugo estalinista, en un ambiente de represión y vigilancia. No en balde, ella misma vivió en su juventud una Rumanía maniatada por la censura de Nicolae Ceauşescu. Fue en 1989 cuando el país dio un giro político, tras llevar este tirano más de dos décadas en el poder.

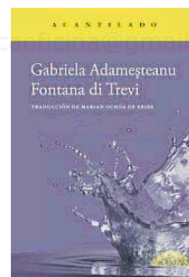
Citar *Vidas provisionales*, que contaba la relación adúltera que mantenían dos funcionarios de una institución cultural de propaganda comunista durante los años setenta, resulta pertinente para abordar *Fontana di Trevi*. La protagonista es la misma, Letitia, y además ese amor clandestino servía para captar la sombra del totalitarismo en la existencia ordinaria de una población que, a ojos de la Securitate, siempre era sospechosa de algo.

Las relaciones personales, la diáspora rumana o cómo castigaba el gobierno el aborto vuelven a emerger, como en la anterior ocasión, en este título de evocación italiana. Se trata de una Letitia que lleva asentada en Francia treinta años -después de exiliarse primero en Alemania con su marido- y que viaja a Bucarest para enfrentarse a un reto burocrático que an-

taño sin duda hubiera sido químico: hacerse, junto a su hermanastro, con una herencia que en su día confiscó el régimen comunista.

Ese regreso, que hace explícito lo que el personaje describe como "dos mundos" -el choque entre la gris Rumanía y el Occidente moderno- aviva sus recuerdos, pensamientos y emociones, y resultará inevitable el desarrollo de un cierto *ubi sunt*, por cuanto aquellos a los que conoció ya desaparecieron de diversas maneras, si bien el verdadero ser perdido es ella misma. Así, Adameşteanu, tal vez de un modo excesivamente desangelado pero vividamente convincente, pone un espejo en el camino de un gran número de entes de ficción que solo pueden sentir desprecio y decepción frente a una nación de destino monótonamente desgraciado.

En contraste, también puede interpretarse *Fontana di Trevi* como una forma, a la busca de entender lo pretérito sufriente, de recomponerse como individuo social, político; en este sentido, el uso del punto de vista narrativo en primera persona es indispensable para que, en una suerte de soliloquio plagado de diálogos



**Gabriela Adameşteanu**  
**Fontana di Trevi**  
Traducción de Marian Ochoa de Eribe.  
Acantilado  
432 páginas  
26 euros

se dramatice una mirada sobre una vida que ha empujado a la protagonista a cierta cobardía y cinismo.

Podría decirse que la novela cobra una especial fuerza, como sucedía en *Vidas provisionales*, en los pasajes de tinte amoroso, entre Letitia y Sorin -aunque, estrictamente, todo ocurra durante un día-, entre el inicio y el fin del amor, en un argumento que toca otro tipo de transición: de la época dictatorial a la poscomunista. Es más, el relato, a través de la memoria y los viajes de la protagonista, acaba siendo un recorrido por cincuenta años de historia de Rumanía, donde también asoman asuntos de alcance humano hasta su melancólico final: el ser o sentirse un perpetuo migrante, la soledad y el desamor, la intimidad marcada por la más aberrante politización de la vida.

Un proyecto literario ambicioso (es una trilogía), que nos propone cómo puede hacerse buena literatura -desde una nostalgia, eso sí, que tife lo narrado de desmoralización- y preservar a la vez acontecimientos que marcaron el devenir de un pueblo y cómo el presente puede reconciliarse con el pasado. /